

FÁBULAS CONSTRUCTIVAS: EL OSO ALFONSO

(Basada en una antigua fábula africana)

Sobre la crítica y el elogio

—No está nada mal —se dijo Alfonso, un gigantesco oso negro, mientras se alzaba sobre sus patas traseras y se contemplaba en un enorme espejo—. Lo intentaré de nuevo.

Encendió su reproductor musical y buscó *La Suite del Cascanueces* de Tchaikovsky. Lentamente alzó una de sus patas traseras, pero al tratar de dar una voltereta, se cayó de espaldas. Rápidamente se puso de pie, y tras varios intentos fallidos, logró dar los primeros pasos de un vals.

—Excelente —susurró—. Creo que ya estoy listo para demostrarle a Garibaldi, mi sabio amigo el mono, lo que puedo hacer. Él ya tendrá listo su ensayo en el órgano.

Y luciendo una gran sonrisa, Alfonso salió de la tienda llevando su reproductor de música.

Tras cruzarse por el camino con los atareados miembros del circo, sus caravanas y carpas de brillantes colores, Alfonso llegó hasta la pradera que rodeaba la granja donde se encontraba Garibaldi que, como de costumbre, iba ataviado con su chistera bordada en rojo y dorado que hacía juego con su chaleco de los mismos colores. Estaba sentado sobre una valla disfrutando de un

delicioso plátano.

—Qué hermosa puesta de sol, ¿verdad? —comentó Garibaldi.

—Sí —respondió Alfonso—. ¿Cómo te van los ensayos?

—Más o menos. Giacomo dice que estoy un poco atrasado. La verdad es que él está poniendo en escena una nueva obra musical que yo jamás había escuchado.

—Vaya —dijo Alfonso—. Eso es injusto para ti.

—Pues sí, pero mi amo tampoco tiene toda la culpa —respondió Garibaldi—. Tengo que admitir que últimamente he metido bastante la pata y necesito practicar más. Y así me saldrá bien. ¿Quieres una banana?

Alfonso declinó la oferta sacudiendo la cabeza.

—¿Y cómo te va a ti?

—Estoy practicando la presentación del oso danzarín —contestó Alfonso.

—¿Sí? ¿Y crees que Nikita te aceptará?

—Claro. Quedará fascinada. Ya me veo formando parte del Circo de Moscú.

—Caramba. ¡Qué idea tan ambiciosa!

Alfonso sonrió.

—Yo tengo mis aspiraciones. Quiero decir, que este programa de dos al cuarto de Olga Kazakov apenas puede considerarse un verdadero circo.

—Pues no sé —replicó Garibaldi—. Tal vez no tengamos mucha categoría, pero la carpa del circo se nos llena en todos los pueblos donde vamos, y lo que es aún más importante, los niños nos quieren mucho. ¿Trajiste tu reproductor de música para hacerme una demostración?

—Claro que sí. Dime qué te parece.

Con un gracioso y ondulante movimiento de *La Suite del Cascanueces* en la brisa vespertina, Alfonso —a pesar de un par de tropezones— realizó de forma torpe pero ufana sus primerizos pasos del vals.

—Ya está —dijo jadeando cuando terminó—. ¿Qué te parece?

Garibaldi se encogió de hombros, suspiró y con una sonrisa comprensiva respondió:

—¿De veras quieres que sea sincero?

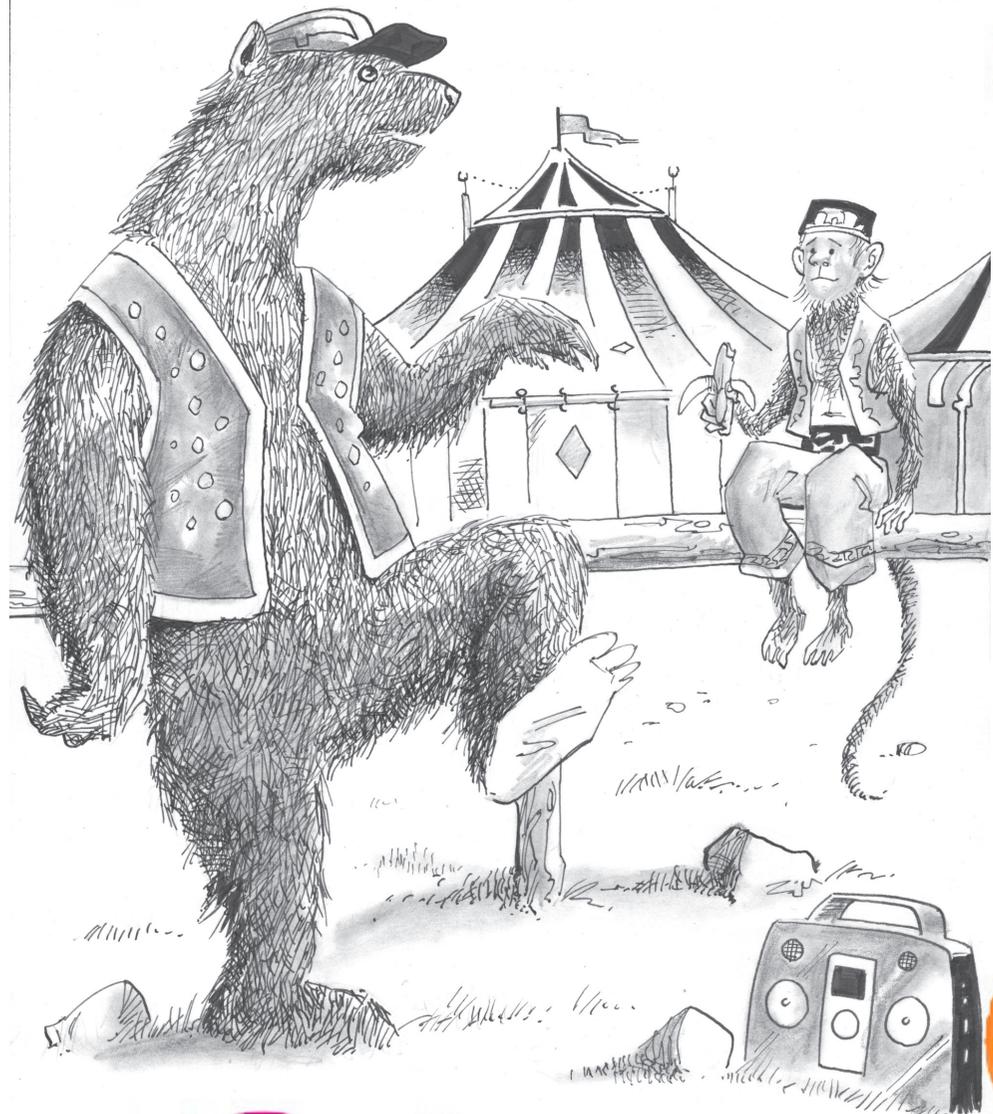
—Pues claro que sí, Gari. Eres mi amigo. Tu opinión vale mucho para mí.

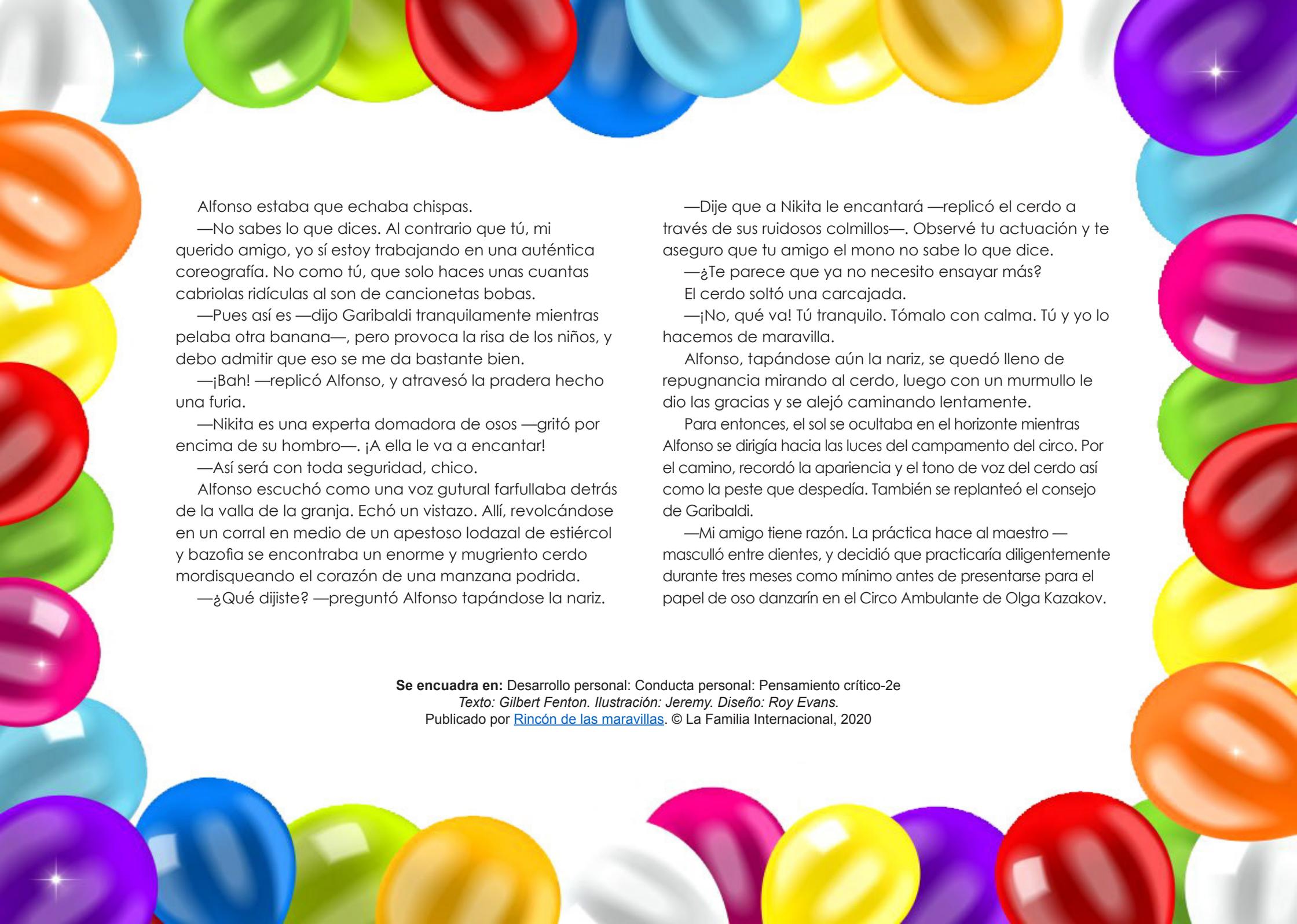
Garibaldi frunció el ceño y se atusó la perilla.

—Bueno... es un buen comienzo.

—¿Qué quieres decir con eso de que es un buen comienzo?

—Pues eso. Que tienes mucho talento, pero creo que te falta un poco más de práctica. O para ser sincero... mucha práctica.





Alfonso estaba que echaba chispas.
—No sabes lo que dices. Al contrario que tú, mi querido amigo, yo sí estoy trabajando en una auténtica coreografía. No como tú, que solo haces unas cuantas cabriolas ridículas al son de canciones bobas.
—Pues así es —dijo Garibaldi tranquilamente mientras pelaba otra banana—, pero provoca la risa de los niños, y debo admitir que eso se me da bastante bien.
—¡Bah! —replicó Alfonso, y atravesó la pradera hecho una furia.
—Nikita es una experta domadora de osos —gritó por encima de su hombro—. ¡A ella le va a encantar!
—Así será con toda seguridad, chico.
Alfonso escuchó como una voz gutural farfullaba detrás de la valla de la granja. Echó un vistazo. Allí, revolcándose en un corral en medio de un apestoso lodazal de estiércol y bafía se encontraba un enorme y mugriento cerdo mordisqueando el corazón de una manzana podrida.
—¿Qué dijiste? —preguntó Alfonso tapándose la nariz.

—Dije que a Nikita le encantará —replicó el cerdo a través de sus ruidosos colmillos—. Observé tu actuación y te aseguro que tu amigo el mono no sabe lo que dice.
—¿Te parece que ya no necesito ensayar más?
El cerdo soltó una carcajada.
—¡No, qué va! Tú tranquilo. Tómallo con calma. Tú y yo lo hacemos de maravilla.
Alfonso, tapándose aún la nariz, se quedó lleno de repugnancia mirando al cerdo, luego con un murmullo le dio las gracias y se alejó caminando lentamente.
Para entonces, el sol se ocultaba en el horizonte mientras Alfonso se dirigía hacia las luces del campamento del circo. Por el camino, recordó la apariencia y el tono de voz del cerdo así como la peste que despedía. También se replanteó el consejo de Garibaldi.
—Mi amigo tiene razón. La práctica hace al maestro —masculló entre dientes, y decidió que practicaría diligentemente durante tres meses como mínimo antes de presentarse para el papel de oso danzarín en el Circo Ambulante de Olga Kazakov.

Se encuadra en: Desarrollo personal: Conducta personal: Pensamiento crítico-2e
Texto: Gilbert Fenton. Ilustración: Jeremy. Diseño: Roy Evans.
Publicado por [Rincón de las maravillas](#). © La Familia Internacional, 2020